

# **LA DIMENSIÓN LITERARIA DEL PAISAJE DE CASTILLA Y LEÓN: GEOGRAFÍAS FICCIONALES, ESTEREOTIPOS E INTERPRETACIONES CULTURALES DE UN TERRITORIO COMPLEJO Y CONTRASTADO**

FERNANDO MANERO MIGUEL  
*Universidad de Valladolid*

## **INTRODUCCIÓN**

Si el estudio del paisaje –como noción y objeto eminentemente geográficos– se basa en el análisis experimental, integrado y totalizador, de los elementos, naturales y humanos que lo configuran y que han contribuido a su transformación en el tiempo, es evidente que el concepto posee a la par una importante y muy significativa dimensión como cultura y, por ende, como patrimonio cultural<sup>1</sup>. Por eso, cuando de la dimensión científica se pasa a la plasmación literaria, es decir, de lo experimental a lo descriptivo, el paisaje adquiere una perspectiva diferente al convertirse en una poderosa fuente de inspiración que estimula libremente la creatividad y alienta las descripciones, poética o narrativamente emanadas de la reflexión del autor, de su forma de apreciar lo que ve y le afecta. Y es que, expresión de un concepto fundamentado en la relación fraguada entre sociedad, cultura y territorio, el paisaje ha sido siempre una fuente de inspiración literaria primordial. Si no es posible entender la organización de una sociedad al margen del pai-

---

<sup>1</sup> La realización de este trabajo forma parte de los objetivos y resultados del Proyecto de Investigación CSO2013-47205-P *Cultura y patrimonio como recursos territoriales: estrategias de desarrollo sostenible e impactos espaciales*, del Programa Estatal de Fomento de la Investigación Científico Técnica de Excelencia, Subprograma de Generación del Conocimiento del Ministerio de Economía y Competitividad, y cofinanciado por el Fondo Europeo de Desarrollo Regional. El autor es Investigador Principal del Proyecto.

saje que construye y del que forma parte, sobrada justificación tiene ese empeño mostrado por la Literatura a lo largo del tiempo por concebirlo como elemento motivador capaz de reflejarse en la obra que identifica el paisaje con las sensibilidades de quien lo plasma por escrito. De este modo la descripción del paisaje –su visión, valoración y representación– no hace sino reproducir una modalidad particular de percepción del espacio que deriva de ese esfuerzo intelectual por estructurar, ofrecer y transmitir de forma coherente los elementos que integran y caracterizan una realidad espacial determinada.

El paisaje –«la imagen del paisaje» (Martínez de Pisón, 1998)– edifica la cultura; a la vez que se alimenta de ella, creando vínculos e interdependencias entre las sociedades y el territorio que evolucionan al compás del momento histórico en el que tienen lugar y se organizan. En buena medida una parte sustancial de la historia de la Literatura está identificada con la historia de los paisajes a los que se ha recurrido para contextualizar las tramas argumentales, las andanzas y experiencias en las que se desenvuelven los personajes. Supone, dicho de otro modo, la proyección de las ideas y reflexiones que el autor transmite a través de las reacciones que la visión del paisaje le provoca sin olvidar que los testimonios literarios sobre el paisaje revelan también un empeño por asociar lo objetivo con la sensibilidad y la memoria –«el paisaje es memoria» afirma Julio Llamazares (1990: 7)– de quien lo hace intelectualmente suyo. En torno al paisaje como universo narrativo se ha elaborado, pues, una interesante y copiosa bibliografía, en la que se reflejan las múltiples opciones a que se abre el tratamiento literario del espacio (Álvarez, 2010: 19) y que pone de manifiesto hasta qué punto la tradición cultural se nutre y enriquece de las aportaciones y recreaciones que emanan de esta simbiosis construida entre la creatividad literaria y el territorio, como catalizador de la atención, la curiosidad y el sentimiento de pertenencia (Manero, 2004).

Ahora bien, si en este engarce entre sensibilidad y espacio estriba la amplitud de los horizontes interpretativos a que se abren las descripciones literarias, no cabe ignorar que la relación entre literatura y paisaje manifiesta una cierta propensión a la creación y fijación de estereotipos, ejerciendo un efecto significativo sobre la percepción y el conocimiento que el lector adquiere del espacio. Pudiera entenderse por ‘estereotipo’ la definición propuesta por Dufays (2002), que lo entiende como un esquema de pensamiento preconstruido que comparten los individuos de una misma comunidad social o cultural y que contribuye a organizar sus representaciones colectivas. La noción de estereotipo opera, por tanto, como un elemento de mediación imprescindible ante el texto literario y el contexto social y cultural en el que el texto ha surgido y frente al cual adquiere un sentido determinado. Los estereotipos estructuran el discurso sobre el que se construye la forma de asimilación del espacio a través de la expresión literaria y de la comprensión lectora, que de este modo se apoya en argumentos emanados de la creatividad del autor sin menoscabo de que su validez y objetividad vengán avaladas por las que

proporcione un conocimiento empírico riguroso, precisamente el que le aporta la Geografía (Martínez de Pisón, 1998 y 2005; Nogué y San Eugenio, 2011).

En ellos descansa la elaboración de una Geografía imaginativa, emocional, construida a través de la Literatura y reflejada a partir de las sensaciones y el talento de quienes las describen, analizan e interpretan (Anderson, K. & Smith, S. 2001: 8; Davidson, J.; Bondi, L. & Smith, 2005). De ahí la importancia o el interés de centrar la atención en los conceptos e ideas que se transmiten a través de la percepción y que, por medio del lenguaje literario, se plasma en términos y descripciones que se transmiten con la calidad y contundencia que cada autor es capaz de imprimir, dando lugar a una especie de Geografía ficcional, como la denomina Ilse Logie (2013), es decir, una descripción apoyada en la confluencia de los elementos visuales con los emocionales y trascendentes que el propio autor deriva de aquéllos.

Acercarse a la dimensión que el paisaje de Castilla y de León ofrece desde el punto de vista literario ayuda a comprender la variedad de perspectivas de que es susceptible esta forma de interpretación del entorno donde se desenvuelve la acción. En este sentido, la posición estratégica ocupada en España por el territorio identificado con la Meseta septentrional y la orla montañosa que la rodea, la magnitud superficial, la diversidad de sus estructuras y su significado histórico-cultural (Manero, 1984) justifican el importante y dilatado reconocimiento de que ha sido objeto como espacio simbólico, de interés y representativo de muchos de los argumentos utilizados para explicar –haciendo uso de una sinécdoque muy enraizada– la realidad española. En ella convergen y se imbrican enfoques descriptivos de gran variedad y riqueza de matices, como corresponde a un territorio caracterizado por su complejidad intrínseca, globalmente afín a esa idea de espacio tan próxima a la perspectiva, morfológicamente dual y complementaria, con que la contempla Jorge Guillén en *Cántico* (1928) a través de una descripción tan elocuente como bella: «Espacio, se difunde / Sobre un nivel de cima/ Cima y planicie juntas/ Se acrecen –luz– y vibran/ Alta luz, Altitud/ De claridad activa».

En este texto se pretende una aproximación al conocimiento de las múltiples facetas a que se abre el tratamiento del espacio geográfico de Castilla y de León por parte de algunos de los autores que explícitamente lo recogen en sus obras. Imposible la exhaustividad, se basa para ello en una muestra seleccionada de textos representativos que, a modo de ejemplo, y ofrecidos en su secuencia cronológica, permiten entender de qué manera y con qué mimbres conceptuales e ideológicos se aborda un tema de tanta trascendencia y que tanto interés ha provocado a lo largo del tiempo.

## EL PAISAJE CASTELLANO COMO SIGNIFICATIVA REFERENCIA CULTURAL Y POLÍTICA: ENTRE EL ESTEREOTIPO, LA VISIÓN CRÍTICA Y LA VALORACIÓN SIMBÓLICA

Las descripciones efectuadas por los viajeros que visitaron España en el siglo XVIII ofrecen un buen punto de partida sobre el que fundamentar la visión que a lo largo del tiempo se ha tenido del paisaje en el espacio identificado con la meseta septentrional española. Sus rasgos esenciales aparecen, en efecto, bien destacados en la visión que de ella tiene Antonio Ponz cuando habla de «la inmensa llanura de Castilla», haciendo mención expresa de los negativos efectos que, a su juicio, provocan la despoblación y, con especial énfasis, la deforestación, que el autor contempla como un problema incluso en lugares donde, como en Burgos, «hay más frondosidad de plantas, particularmente de sauces, chopos, y olmos en sus paseos, y en las riberas del Arlanzón, en donde se crían con suma facilidad», aunque

«esto no es bastante, ni puede impedir la escasez de carbón y leña, ni que lo restante del territorio dexé de estar pelado, como en las otras Provincias interiores; y, aunque los montes se hallen en estos contornos en algo mejor estado, también es poco para la abundancia que se desea, y se necesita» (Ponz, 1987:102-103).

lo que le llevaba a reclamar la necesidad de efectuar plantaciones de árboles, pues veía en ello la «restauración de la grandeza de España» y una medida más efectiva, con este fin, que el estímulo de la manufactura (Ramos Gorostiza, 2012). No están ausentes en esta época las manifestaciones acusadamente críticas, como la que reflejan los textos de Joseph Townsend, referidos al viaje realizado en 1786, donde a menudo se recurre al adjetivo de miserable, que aplica, por ejemplo, a la localidad vallisoletana de Ataquines a la que califica de

«ciudad miserable, que fácilmente se podría tomar por un pueblo. Las casas bajas y mal construidas en ladrillos, con un tejadillo por la parte de delante, son en número de doscientas setenta, para alojar a ochocientas personas» (García Mercadal, 1999: 84).

Una visión crítica que por parte de otros ilustres coetáneos se utiliza para contraponerla a los más «gratos» paisajes del Norte. Si en su recorrido por Castilla, Gaspar Melchor de Jovellanos ya había dejado constancia de que atravesaba «tierras que solo en pocos puntos son feraces a costa de un esfuerzo sobrehumano que se transmite de generación en generación», clara es también la sensación de contraste que le provoca la llegada a Asturias desde las tierras que la limitan por el Sur:

«Antes de bajar la cuesta y desde lo más alto se presenta una escena que empieza a recrear por su gran diferencia de las que dejamos a la espalda. Es inexplicable cuán grata sensación causa su amenidad en el ánimo de los que le ven viniendo desde los áridos y desnudos campos de Castilla» (Nocedal, 1859: 281).

De hecho la visión que destaca fundamentalmente la personalidad natural de la región, asociada desde la época medieval a la magnitud de la llanura central como su principal rasgo fisionómico y a la dureza de sus rasgos climáticos expresivos de un entorno hostil, se mantiene como una constante aunque se presente con matices modelados por el lenguaje literario, con una propensión frecuentemente marcada a favor del determinismo natural. Lo vemos bien reflejado en el tratamiento que se da al paisaje, distinguiéndolo por sus difíciles condiciones ecológicas, a lo largo del siglo XIX y, particularmente, en su último tercio coincidiendo con un proceso de sensibilización muy intenso, en el que se construyen algunos de los más habituales estereotipos.

En opinión de García Fernández (1985:118), esta forma de percibir los principales componentes del complejo ecológico comienza con Rosalía de Castro en sus *Cantares gallegos* (1863), en cuyo prólogo la escritora gallega señala: «mais eu que atravesei repetides veces aquelas soledades de Castilla que dan idea do deserto», para a continuación manifestar una visión peyorativa del territorio castellano hasta el extremo de que

«en verdad, non hai, Castilla/nada como ti tan feio/que aínda mellor que Castilla/valera decir inferno (...) solo pezoñosas charcas/detidas no ardente suelo./tes, Castilla, que humedezan/esos teos labios sedentos/que o mar deixoute olvidada/e lonxe de ti correron/as brandas aguas que traen/de prantas cen semilleiros/nin arbres que che den sombra/nin sombra que preste alentó/llanura e sempre llanura/deserto e sempre deserto» (Castro, 2011).

La nota dominante viene definida, sin embargo, por una visión más estética y con pretensiones de objetividad, congruente con las limitaciones que los autores perciben como característica esencial del medio físico. Cuando Ricardo Macías Picavea, que tanta influencia tendría en los autores del noventayocho, encuadra el escenario en el que se desarrolla su obra *La Tierra de Campos* (1897), señala que

«La llanura se extendía monótona, desnuda, terrosa, bajo un cielo no menos indefinido y escueto. No se podía decir si punzaba más la piel el frío del ambiente, ó el alma la desnudez de todas las lejanías: planicie que daba ganas de pensar en un astro desalquilado. Ni un árbol, ni una zarza, ni un tono verde. Un tinte amarillo sucio con degradaciones grises era la única coloración que manchaba la extensión sin límites. En general las tierras aradas se mostraban limpias, cual si sus terrones simbolizasen la propia esterilidad» (Macías Picavea, 1999:79).

En este mismo sentido cabe interpretar también los mensajes vertidos en *Castellanas y Nuevas Castellanas* (1909) por José María Gabriel y Galán, que, según se indica en el prólogo de la obra, sabe mostrar «mundos enteros de poesía» a quienes «en los campos castellanos, áridos y monótonos, no saben ver su belleza». Así se expresa el autor extremeño para quien

«la comarca de Castilla no parece, al pronto, un suelo inspirador. Bajo su magnífico firmamento se extienden aquellas grises lontananzas muertas. Sobre la extensión de la llanada, no obstante, la fantasía borda sus recamos y realiza su labor prodigiosa, reconstruyendo el desvanecido ideal» (Gabriel y Galán, 1909:12).

Sensación similar a la obtenida en 1907 por José María Salaverría en *Vieja España (Impresión de Castilla)*:

«¡Cuán grave y expresiva –escribe– era aquella planicie castellana, vieja patria del Cid, cuna del españolismo! Iba yo a conocer el secreto de una tierra de dominadores (...) quería desentrañar el misterio de aquella tierra esquilmada, rasa y humilde, que había sabido sujetar a su feudo otras tierras más ricas, más ágiles y mejor dotadas por la naturaleza» (Salaverría, J.M. 1907:5).

Estas consideraciones sintonizan en el tiempo con una etapa decisiva en la concepción del paisaje castellano como paradigma que rebasa las estrictas dimensiones paisajísticas. Es también un momento culminante en esta trayectoria de sensibilización, plasmada en el pensamiento de los autores que configuran la generación del 98, artífice de una retórica sobre el paisaje que, mediante el recurso frecuente a la metáfora, cobra manifestación explícita en el reconocimiento que se da al concepto como expresión de una identidad cultural y política revestida de extraordinarias resonancias. Se apoya para ello en la sensibilidad que emana de la afición viajera, de ese afán por descubrir España, en el que tanta responsabilidad desempeña la Institución Libre de Enseñanza y particularmente la labor realizada por Francisco Giner de los Ríos (Ortega, 2007). Bien es percibida esta actitud en una obra considerada premonitoria como es *En torno al casticismo* (1895), publicada por Miguel de Unamuno, que mantuvo con Salaverría una interesantísima correspondencia (Tellechea, 1995). Su concepción del paisaje castellano resulta implacable:

«No despierta este paisaje sentimientos voluptuosos de alegría de vivir, ni sugiere sensaciones de comodidad y holgura concupiscibles: no es un campo verde y graso en que dan ganas de revolcarse, ni hay repliegues de tierras que llamen como un nido. No es una naturaleza que recree al espíritu. Es, si cabe decirlo, más que panteístico, un paisaje monoteístico este campo infinito en que, sin perderse, se achica el hombre, y en que siente en medio de la sequía de los campos sequedades del alma» (López Aranguren, J. L. 2007: 140).

Particularmente vehemente en su lirismo:

«Tú me levantas, tierra de Castilla, / en la rugosa palma de tu mano, / al cielo que te enciende y te refresca, / al cielo, tu amo. / Tierra nervuda, enjuta, despejada, /madre de corazones y de brazos, /toma el presente en ti viejos colores/ del noble antaño. / Con la pradera cóncava del cielo /lindan en torno tus desnudos campos, / tiene en ti cuna el sol y en ti sepulcro /y en ti santuario./ Es todo cima tu extensión redonda / y en ti me siento al cielo levantado, /aire de cumbre es el que se respira /aquí, en tus páramos».

Y fidedigno, amén de detallista, en algunas de sus más atinadas descripciones:

«La población se presenta, por lo general, en el campo castellano, recogida en lugares, villas o ciudades, en grupos de apiñadas viviendas, distanciados de largo en largo por extensas y peladas soledades. El caserío de los pueblos es compacto y recortadamente marcado, sin que vaya perdiéndose y difuminándose en la llanura con casas aisladas que le rodean, sin matices de población intermedia, como si las viviendas se apretaran en derredor de la iglesia para prestarse calor y defenderse del rigor de la Naturaleza, como si las familias buscaran una segunda capa, en cuyo ambiente aislarse de la crueldad del clima y la tristeza del paisaje» (López Aranguren, 2007: 141).

Obviamente, la literatura unamuniana no podía permanecer ajena a la atención prestada a Salamanca, a la que considera «académica palanca de mi visión de Castilla» y reconocida como

«alto soto de torres que al ponerse/tras las encinas que el celaje esmaltan/dora los rayos de su lumbre el padre/Sol de Castilla; /bosque de piedras que arrancó la historia a las entrañas de la tierra madre, remanso de quietud, yo te bendigo/ ¡mi Salamanca!».

La relevancia otorgada al paisaje se muestra especialmente palmaria en Azorín cuando señala que «el paisaje somos nosotros; el paisaje es nuestro espíritu, sus melancolías, sus placideces, sus anhelos, sus tártagos» (Azorín, 1917:43), de tal modo que la idea misma de Castilla –identificada con España y con el «paisaje nacional» (Ortega, 2009), en conocida expresión igualmente tópica («Castilla se hizo España») de Joaquín Costa– acaba trascendiendo su mera dimensión espacial para convertirse en una construcción literaria, elaborada a partir del sentimiento que deriva de la creatividad. De ahí la aseveración efectuada por el autor de *El alma castellana* (1900) y de *Castilla* (1912) de que «a Castilla, nuestra Castilla, la ha hecho la literatura. La Castilla literaria es distinta –acaso mucho más lata– de la expresión geográfica de Castilla» (Azorín, 1917). Ello no le impide, sin embargo, al escritor alicantino realizar magníficas descripciones geográficas:

«No puede ver el mar la solitaria y melancólica Castilla. Está muy lejos el mar de estas campiñas llanas, rasas, yermas, polvorientas; de estos barrancales pedregosos; de estos terrazgos rojizos, en que los aluviones torrenciales han abierto hondas mellas; mansos alcores y terreros, desde donde se divisa un caminito que va en zigzag hasta un riachuelo. Las auras marinas no llegan hasta esos poblados pardos de casuchas deleznable, que tienen un bosquecillo de chopos junto al ejido. (...) Estos labriegos secos, de faces polvorientas, cetrinas, no contemplan el mar; ven la llanada de las mieses, miran sin verla la largura monótona de los surcos en los bancales. Estas viejecitas de luto, con sus manos pajizas, sarmentosas, (...) van por las callejas pinas y tortuosas a las novenas, miran al cielo en los días borrascosos y piden, juntando sus manos, no que se aplaquen las olas, sino que las nubes no despidan granizos asoladores» (Azorín, 2003).

Sensación similar hará mella en el pensamiento de autores tan relevantes como Claudio Sánchez-Albornoz y José Ortega y Gasset. Del primero llama la atención la fuerte carga determinista que imprime a la consideración del paisaje como fundamento del papel desempeñado por Castilla «en el camino de la restauración unitaria de España».

«Y quizá lo dilatado del horizonte que los castellanos se hallaban habituados a ver en torno a ellos llevase también lejos de sí mismos la raya última de su visión política. Esa tierra acerada, ayuna de relieve atormentado, crea en los pueblos que la habitan un gusto de expansión y catolicidad en contraste con los valles estrechos y cerrados que prenden para siempre el alma de los hombres al rincón deleitoso o miserable en que han nacido y engendran en su espíritu un sentimiento localista, tan limitado de agudeza política como lo es de humanas perspectivas la hondonada en que transcurre su existencia» (Sánchez Albornoz; 1980:56).

Por su parte, en el trayecto *De Madrid a Asturias o dos paisajes* (1915), Ortega detecta «una geometría sentimental para uso de leoneses y castellanos, una geometría de la meseta, en la que la horizontal es el chopo y la horizontal, el galgo». Evocando las reflexiones de Giner de los Ríos y de acuerdo con la noción de «región natural» formulada por Juan Dantín Cereceda, observa, al adentrarse en ella,

«la tierra sin color vegetal, sin veste botánica; la tierra amarilla, la tierra roja, la tierra de plata, pura gleba, desnudo terruño», que observa tapizada de «insospechados, pero siempre en lugares estratégicos, los pueblos. [...] Siempre inhóspitos, siempre en ruina, siempre la iglesia en medio, con su brava torre alerta, que parece cansada, pero descansa como buen guerrero, de pie, el montante hincado en tierra y sobre su cruz el codo» (...) «el paisaje incendiado que no existe en Europa; aquí los campos rojos y áureos ponen los pulsos al galope» (Cit. por García Fernández, 1985: 125).

Su reflexión al respecto trae además a colación el peso de la Geografía ya que entiende que

«el dato geográfico es muy importante para la historia pero en sentido opuesto al que Taine le daba. No es aprovechable como causa que explica el carácter de un pueblo, sino, al revés, como síntoma y símbolo de ese carácter. Castilla es tan terriblemente árida porque árido es el hombre castellano. En el castellano todo emerge de un fondo saturado de desdén a la vida. El campo de Castilla no es solo árido, desértico, áspero; hay en él además la huella del abandono. Es un campo desdeñado» (Moreno, 1998).

La obra de Ortega ve la luz el mismo año en que lo hace la *Castilla en escombros* de Julio Senador Gómez, que marca un hito en el descubrimiento de la vida castellana desde el enfoque regeneracionista. Con el elocuente subtítulo *Las leyes, las tierras, el trigo y el hambre*, el notario de la villa palentina de Frómista hace una descripción inclemente del estado en que se encuentra Castilla como expresivamente se refleja en esta tremenda invocación:

«venid a ver lo que es este país por dentro, estos bosques asolados por el hacha, estos viñedos asesinados por la filoxera, estos pueblos semibárbaros, esta incomunicación, este abandono, esta ferocidad, este hambre, que son vergüenza de España y afrenta de la civilización de nuestro siglo» (Senador, 1915).

En tono más poético, pero no menos demoledor, se había expresado tres años antes Antonio Machado, al afirmar:

«sobre sus campos aun el fantasma yerra/ de un pueblo que ponía a Dios sobre la guerra. /La madre en otro tiempo fecunda en capitanes, / madrastra es hoy apenas de humildes ganapanes/ Castilla miserable, ayer dominadora, / envuelta en sus andrajos desprecia cuanto ignora» (Machado, *Campos de Castilla*, 1912).

Más aún, la poética machadiana, que enaltece la imagen ofrecida por un entorno soriano de «colinas plateadas, grises alcores, cárdenas roquedas» muestra al tiempo gran severidad cuando señala:

«veréis llanuras bélicas y páramos de asceta / no fue por estos campos el bíblico jardín/: son tierras para el águila/, un trozo de planeta/ por donde cruza errante la sombra de Caín» (*Campos de Castilla. Por tierras de España*, 1912).

En realidad, tan aceradas e inclementes reflexiones parten de una visión en la que el pesimismo –producto de la «riada de pesimismo que lo invadió y dominó todo» cuando «los pinceles y las plumas se mojaron en las negruras de la saña» (Sánchez Albornoz, 1980: 65)– se entrevera con el reconocimiento de ese «alma

patética» de la que, atribuyéndola connotaciones políticas, habla Manuel Azaña. Y lo hace en el discurso que —«dejando correr emociones castellanas», como indica Santos Juliá en el prólogo del Vol. IV de sus *Obras Completas*— pronunció en Valladolid el 14 de noviembre de 1932 con el expresivo título *El genio político de Castilla y los destinos de la República*, cuando afirma haberla visitado...

«por vuestros caminos, por vuestros páramos, por vuestras vegas, he ido a recorrer el país castellano en su ser físico después de haberlo recorrido, en el tiempo, en su ser histórico. Y esto, que no sé si me ha perturbado la visión plástica de Castilla, me ha proporcionado en cambio encontrar en cada piedra, en cada rincón, en cada ruina, en cada perspectiva de vuestros ríos una emoción histórica insuperable que me ha puesto de manifiesto una verdad no de todos conocida: que aquí, en Castilla, hay un alma patética refrenada por el decoro. Y esta sequedad y frialdad de los castellanos, que se parece tanto a la mía, esta sequedad y frialdad de los castellanos en lo exterior es una virtud política. (...) Y he visto la soledad de los campos y la pura belleza de las perspectivas de los ríos, que no todos han sabido aún apreciar en su grandeza estética» (Manuel Azaña: *Obras Completas*, Vol. IV: 61).

Perspectivas de los ríos, elementos naturales sin cuyas referencias no es posible obviamente entender el territorio. De ahí esa obligada alusión que merece la consideración del río Duero, como elemento sustancial del paisaje. A él dedicará frases elocuentes Miguel de Unamuno en su poema *Durium-Duero-Douro*, reflejando así su importancia histórica y su carácter internacional:

«Arlanzón, Carrión, Pisuerga/ Tormes, Águeda, mi Duero. / Lígrimos, lánguidos, íntimos, espejando claros cielos,/ abrevando pardos campos, susurrando romanceros/(...) Soria en su sobremeseta/con la mar toda sendero/ Árbol de fuertes raíces/aferrado al patrio suelo/beben tus hojas, las aguas,/ la eternidad del empeño» (López Aranguren, 2007: 68-69).

Por su parte, e imbricándolo en el paisaje urbano soriano, Gerardo Diego describe al Duero como un río al que

«nadie a acompañarte baja, / nadie se detiene a oír tu eterna estrofa de agua. Tú, viejo Duero, sonríes/ entre tus barbas de plata, / moliendo con tus romances/ las cosechas mal logradas./ Y entre los santos de piedra y los álamos de magia/ pasas llevando en tus ondas/ palabras de amor, palabras» (Gerardo Diego, *Soria*, 1923).

Y será Soria también la ciudad resaltada en la descripción de Antonio Machado como la ciudad «por donde traza el Duero su curva de ballesta». Un río que aparece reiterado en su obra poética como el curso que

«cruza el corazón de roble de Iberia y de Castilla»,

una tierra a la que identifica de

«triste y noble, / la de los altos llanos y yermos y roquedas, / de campos sin arados, regatos ni arboledas; / de crépitas ciudades, caminos sin mesones, / y atónitos palurdos sin danzas ni canciones / que aun van, abandonando el mortecino hogar, / como tus largos ríos, Castilla, hacia la mar» (Antonio Machado, *Campos de Castilla*, 1912).

Entre lo deprimente y lo sublime, entre lo peyorativo y lo encomiable, no exento, en cualquier caso, de una fuerte carga de subjetivismo: tal es la imagen contradictoria o ambivalente que se obtiene de las reflexiones que sobre el paisaje y las gentes de Castilla —del conjunto de la meseta septentrional con la que se identifica— se obtiene de las descripciones efectuadas por los escritores interesados en desentrañar los rasgos de su personalidad geográfica a lo largo de la etapa comentada. Se incurre en una exacerbación de los lugares comunes, redundantes e insistentes en la formalización literaria de una imagen proclive a la simplificación, más allá de la belleza o expresividad del texto literario. Lo importantes es que no falta quien, en medio de esta tendencia e implicado en ella, se percate de dicha propensión, como es el caso del reproche que Unamuno hace a los que

«hablan de Castilla como si no fueran más que unos pelados páramos, peludos de árboles, abrasados por los soles y los hielos, áridos y tristes, no han visto estas tierras sino al correr del tren y muy parcialmente. Donde en estas mesetas se yergue una sierra o cruza un río, tened por seguro que en tales espacios hay unos valles que superan en verdor y en hermosura a los más celebrados del litoral cantábrico. Por mi parte prefiero los paisajes serranos de Castilla. Son más serios, más graves y menos de cromo» (Miguel de Unamuno, *Por tierras de España y Portugal*, 1911).

Un reproche que es aún más enérgico por parte de Julio Senador, dirigido a

«vosotros, los representantes de la vaga y amena literatura que, sin tener noticia de donde concluye el Guadarrama fingís admirar esta tierra como semillero de héroes y plantel de santos (...), embelesaros contemplando este cielo fulgurante, sobrecogeros ante la inmensidad de estos espacios vacíos (...) Dejad la música celestial de vuestras tarariras, enfundad los otros el caramillo y la zampoña: ¡Venid a ver lo que es este país por dentro!» (Julio Senador, 1915).

### EL PAISAJE COMO ESPACIO VIVIDO Y COMO SENTIMIENTO DE PERTENENCIA

Si no están ausentes las voces que se plantean las razones por las que el interés literario por el paisaje aparece debilitado tras el apogeo protagonizado por la

generación del 98 (Gómez Mendoza, 2007), e incluso se llega a afirmar que «las descripciones paisajísticas han pasado mucho de moda a partir del primer tercio de nuestro siglo (Torbado, 1996: 142), tampoco carecen de sentido las que consideran que el rumbo ofrecido por el tratamiento del paisaje por muchos de los escritores que tanta profusión creativa mostraron a finales del siglo XIX y primeras décadas del XX merece, cuando menos, una revisión. Bastaría ejemplificar esta postura en la contundente y en cierto modo despectiva opinión formulada por Miguel Delibes al afirmar:

«Ahí tienen a los 98. Vienen aquí; desplazan sobre Castilla el drama de España, pero a la hora de tratarlo, no calan» (García Abad, 1988:773).

En cualquier caso, parece evidente que una nueva etapa se abre paso progresivamente tras la guerra civil, en la que no solo queda drásticamente eclipsada la influencia de la intelectualidad precedente sino que al tiempo las orientaciones hacia las que encamina la forma de entender la relación cultural con el territorio –y, por tanto, su tratamiento a través del paisaje– se adscriben a pautas diferentes, más afines a la descripción de las vivencias personales que a los planteamientos grandilocuentes sobre una realidad tal vez estereotipada en exceso. No es que la visión tópica desaparezca por completo, pero sí es cierto que en el panorama literario primará en adelante el enfoque personalizado, producto de las vivencias que ligan al escritor con su paisaje como escenario vital, que se apoya en el mejor conocimiento del entorno –recurriendo a menudo para ello a referencias nacidas de la reflexión científica– y en la voluntad de dar a conocer el alcance y la impronta de las transformaciones a que se ve sometido.

Tal vez quepa atribuir a algunos de los poemas de Antonio Machado, cuya huella trasciende los límites de su tiempo, una cierta responsabilidad en el engarce hacia la etapa que nos ocupa. Concretamente, el autor sevillano, enamorado de Soria, demuestra un conocimiento cabal del mundo que le rodea cuando escribe:

«El hombre de estos campos que incendia los pinares / y su despojo aguarda como botín de guerra, / antaño hubo raído los negros encinares, / talado los robustos robledos de la sierra. / Hoy ve a sus pobres hijos huyendo de sus lares; / la tempestad llevarse los limos de la tierra / por los sagrados ríos hacia los anchos mares; / y en páramos malditos trabaja, sufre y yerra. / Es hijo de una estirpe de rudos caminantes, / pastores que conducen sus hordas de merinos / a Extremadura fértil, rebaños trashumantes / que mancha el polvo y dora el sol de los caminos» (Machado: *Por tierras de España*).

Esta forma de entender e interpretar lo que sucede en el espacio marca el sentido de una tendencia de la que, repleta de matices y singularidades expresivas, participan algunos de los escritores más emblemáticos que han centrado su creatividad en la valoración de los paisajes de Castilla... y de León.

Recordemos, entre los poetas, los mensajes repletos de metáforas que ofrecen una particular perspectiva de sus espacios de vida o de relación. Es, a modo de ejemplo entre otros muchos, el caso de Leopoldo Panero en su *Decir con el lenguaje* (1949):

«En esta paz del corazón alada/ descansa el horizonte de Castilla, / y el vuelo de la nube sin orilla/ azula mansamente la llanada. / Solas quedan la luz y la mirada/ desposando la mutua maravilla/de la tierra caliente y amarilla/ y el verdor de la encina sosegada».

De Antonio Gamoneda en su estremecedora «Blues del cementerio» (de *Blues castellano*, 1966):

«Conozco un pueblo no lo olvidaré/ que tiene un cementerio demasiado grande/ Hay en mi tierra un pueblo sin ventura porque el cementerio es demasiado grande. / Solo hay cuarenta almas en el pueblo/ No sé para qué tanto cementerio/ (...) El año en que la gente empezó a irse en muchas casas no quedaba nadie/ se llevaban los hijos y las camas. Tenían que matar los animales».

O en su *León en la mirada* (1979)

«Si de la suave mano de la noche /llegas a este lugar, oh caminante,/ cuida tu corazón. Yo te aviso/ porque el aire pelagra de belleza / Mas, de pronto, la sombra se convierte/ en estremecimiento de blancura,/ porque la Catedral hace extenderse/ entre la noche milagrosas alas/(...) León es esto: lentitud sagrada con álamos al borde del camino».

De Luciano G. Egido, que, evocando el valor otorgado por Unamuno a la encina –hasta convertirla en otro estereotipo literario, en una «metabolización poética» (Egido, 1981: 134)– escribe: «Miras a un lado, allende el Tormes lento / De las encinas el follaje pardo/ Como el follaje de tu piedra inmoble/ Denso y perenne», lo que justifica que el crecimiento de Salamanca sea «como el crecer de las encinas lento, /lento y seguro».

O de Tomás Salvador González, en *La sumisión de los árboles* (1996):

«No importa adónde vamos/–una huerta, el monte azul, los árboles de Riego–, / una caseta nos espera con bebidas de colorines y latas de escabeche. (...) / En los tesos todo está al aire, / la laguna, los pueblos,/las parvas de las eras,/tiemblan también los silos/ y en una poza/rezuma la salud/del agua/En su cuarto de muerte/el abuelo sueña con calzarse unos botos,/ con un viaje a Salamanca» (Salvador, 1996: 48).

Y, ¿cómo pasar por alto la impresión que produce a Antonio Colinas la perspectiva de la villa de Urueña?

«¿Conocéis el lugar donde van a morir/ las arias de Händel?/ Está aquí, en el centro del centro de Castilla,/ donde por los linderos morados/ se tensa, como un arco, la luz;/ es un espacio en que la nada es todo/ y el todo es la nada,/ y en el que junio joven viene por los montes/ vertiendo de su copa oro líquido./ Es un lugar en el que el espacio y el tiempo/ solo son una hoguera/ que arde y que mantiene su combustión/ gracias a nuestras vidas» (Colinas: *¿Conocéis el lugar?*, 2012).

La prosa narrativa ofrece, por su parte, testimonios numerosos y de gran calidad expresiva para dar a conocer el sinfín de particularidades y matices de que es susceptible el tratamiento del paisaje como soporte de las tramas argumentales, en las que con frecuencia se observa una importante dimensión autobiográfica, fundamento de ese sentimiento de pertenencia que, nutrido en muchos casos de los recuerdos extraídos de la infancia —«cualquier viaje por mi pueblo será inevitablemente un viaje por mi propia memoria» (Martín Garzo, 2008:14)—, imbrica al autor con sus paisajes más conocidos y frecuentados, y expresión a la vez de la importancia asignada a la pervivencia de las raíces tradicionales, susceptibles de materializarse de formas muy diversas (Buckley, 1982; Díaz, 1983; Balcells, 2010).

Excepcionales son las referencias a los espacios urbanos, por más que destaquen algunos testimonios esclarecedores del valor asignado a sus lugares más emblemáticos. Cabría aludir, para ejemplificarlo, a la mirada que Luciano G. Egido deposita sobre la Salamanca matizada por el agua que cae sobre ella:

«Las primeras gotas no caían sobre Salamanca, la acariciaban, la besaban, la suavizaban, la mimaban, flotaban en el aire, como una sonrisa inconcreta, encendida por casualidad, sin voluntad de permanencia. Con aquel aguachirle se hacía visible la Salamanca profunda, transparente, sin la opacidad de sus piedras solemnes, pero con su valiosa colaboración ornamental, sin la intransigencia de la historia, pero con su concurso imprescindible, sin el cerco de los tópicos, pero con la asunción de sus ideas básicas. Era la Salamanca prehistórica, pre-sensorial y prerracional, sobre el fondo de sus evidencias más constantes, atenuadas por la distancia del agua. La Salamanca ideal, que la tímida lluvia descubre con cuidadoso ensimismamiento, con la discreta ayuda, en voz baja, de ese polvillo acuoso, que no llega a ser líquido (...) Con aquellas primeras gotas, Salamanca adquiriría el estado crepuscular de su precaria identidad. Todo tenía el aire de un glorioso advenimiento» (Egido, 2014: 37).

O a la visión global que sobre el espacio histórico de Burgos en los inicios de la guerra civil realiza Oscar Esquivias:

«La ciudad, vistas desde las alturas del blocao, conservaba su perfil acostumbrado y parecía el Burgos de siempre: las torres de la catedral, las formas macizas y poderosas de la iglesia de San Gil, la de San Esteban, la espadaña de San Lorenzo: incluso, los días claros, se alcanzaba a ver la cartuja de Miraflores. Todos estos hitos parecían nadar en un caserío a veces muy apretado y otras disperso: así, hoy se distinguía con precisión la silueta cercana de la iglesia de San Lesmes y mañana se alejaba del horizonte; las ruinas del Castillo tan pronto se alzaban arrogantes y próximas como parecían simples muñones de tamaño minúsculo, en los que se apreciaba con dificultad la silueta de las baterías antiaéreas que había mandado situar el general Dávila» (Esquivias, 2008:107)

Con todo, dentro del caudal creativo sobresale con ostensible predominio la orientación mostrada hacia el mundo rural, escenario preeminente hacia el que se encauza la atención de los autores para abordarlo con una conciencia crítica que a su vez se apoya en la querencia por el lugar, reconocido como espacio de preocupación y factor de motivación de sus obras. La de Miguel Delibes es pródiga y crucial en esta gama de manifestaciones textuales, como corresponde al hecho de ser considerado el autor que con voz tan clara ha reivindicado su territorialidad (Buckley, 2014:13). Desde su primera obra *—La sombra del ciprés es alargada* (1947)—el escritor vallisoletano da buena prueba de su afán por dejar constancia del lugar donde se desenvuelven los hechos que narra. El protagonista de la novela tiene, entre las primeras sensaciones de su vida que le dejan atónito, la belleza de la ciudad de Ávila—«yo nací en Ávila, la vieja ciudad de las murallas»—y el descubrimiento del paisaje cambiante que modela la personalidad del protagonista. «Me quedé perplejo, miraba cómo caía la nieve y la belleza excepcional de la ciudad muerta». Ésta es la primera sensación de la belleza con que la mirada de su primer protagonista se abre al mundo. En *El Camino* (1950) ilustra sobre el trazado de la vía férrea y de la carretera a la vez que destaca las impresiones provocadas por los relieves montañosos:

«Ambas vías atravesaban el valle de Sur a Norte, provenían de la parda y serena llanura de Castilla y buscaban la llanura del mar azul. Constituían el enlace de dos inmensos mundos contrapuestos en su trayecto por el valle, la vía, la carretera y el río. Le gustaba al Mochuelo sentir sobre sí la quietud serena y reposada del valle, contemplar el conglomerado de prados divididos en parcelas y salpicados de caseríos dispersos. A lo lejos por todas partes las montañas, que según la estación y el clima alternaban su contextura pasando de una extraña ingravidez vegetal a una solidez densa, mineral y plomiza en los días oscuros. Las inmensas montañas con sus recias crestas recortadas sobre el horizonte imbuían a Moñigo una irritante impresión de insignificancia».

En Delibes cabe destacar la precisión y el cuidado con que interpreta y articula los elementos del paisaje, mediante referencias detalladas a sus rasgos físicos, a las tendencias de su población, a las características del poblamiento y, lo que no es

menos importante, la diferenciación entre las llanuras y las montañas, relegando en el imaginario de la narración la idea simplificadora de una región llana o, como señalaba Ortega y Gasset, «sin curvas» (García Fernández, 1985:124). Y lo hace a través de las vivencias de sus personajes –«bien definidos en su aspecto externo y en una interioridad volcada hacia afuera gracias al lenguaje» (Santos, 2001:24)–, con una visión espacio-temporal bien definida y con un lenguaje tan cuidado como sugerente y atractivo. Ejemplo elocuente lo ofrece su descripción del páramo:

«El páramo es una inmensidad desolada, y el día que en el cielo hay nubes, la tierra parece el cielo y el cielo la tierra, tan desamueblado e inhóspito es (...) Cuando yo era un chaval, el páramo no tenía principio ni fin, ni había hitos en él ni jalones de referencia. Era una cosa tan ardua y abierta que solo de mirarle se fatigaban los ojos (...) Sin salirse del páramo se observa en mi pueblo un fenómeno chocante, lo que llamamos de siempre las piedras negras. En realidad no son negras las piedras, pero comparadas con las calizas albas y deleznales que por lo regular abundan en la comarca, son negras como la pez. A mí siempre me intrigó el fenómeno de que hubiera allí una veta aislada de piedras de granito, que, vista en la distancia, que es como hay que ver las cosas en mi pueblo, parece un extraño lunar» (Delibes, 1970).

Del clima:

«Mi pueblo no encerraba más peligros que los comunes, pero el más temido por todos era el cielo. El cielo a veces enrasaba y no aparecía una nube en cuatro meses, y cuando la nube llegaba al fin traía piedra en su vientre y acostaba las mieses. Otras veces el cielo traía hielo en mayo y los cereales, de no soplar el norte con la aurora, que arrastraba la friura se quemaban sin remedio. Otras veces el agua era excesiva y los campos se anegaban arrastrando las semillas. Otras era el sol quién calentaba a destiempo, mucho en marzo, poco en mayo, y las espigas encañaban mal y granaban peor. Incluso una vez, el año de los nublados el trigo se perdió en la era ya recogido, porque no hubo día sin agua y la cosecha no secó y no se pudo trillar.» (Delibes: 1970).

Curiosas son sus observaciones, extraídas de una dilatada experiencia, sobre las nieblas de Valladolid

«El fenómeno de las nieblas en Valladolid tiene su misterio y el viejo aforismo “mañana de niebla, tarde de paseo” no es aplicable para las que pare el Pisuerga. Entiéndaseme, no es aplicable a todas las nieblas. El abanico de posibilidades marcha acorde con el calendario. Entonces cabe un desglose más congruente: octubre (“mañana de niebla, mañana de paseo”); noviembre (“mañana de niebla, tarde de paseo”); y diciembre y enero (“mañana de niebla, tarde de reniebla”). La entidad del sol, las temperaturas y la duración de las horas de luz, influyen decisivamente en la persistencia de este meteoro» (Delibes, 2002: 18).

Y sin olvidar tampoco las referencias al agua, que detalla en todos sus pormenores:

«poco más allá tengo entendido que (el arroyo de Moradillo) vierte en el arroyo Aceitero; las aguas de este van a desembocar en las del Sequillo, cerca de Belver de los Montes; las del Sequillo engordan después las del Valderaduey y las del Valderaduey, por último, se juntan con las del Duero en la capital. Como es sabido, las del Duero vierten en el Atlántico junto a Oporto. Lo que quiere decir que en mi pueblo de natural sedentario, hay alguien que viaja y estas son las aguas de la fuente de la salud» (Delibes: *Historias de Castilla la Vieja*, 1964).

Un aspecto del que volverá a escribir en el capítulo dedicado a «La sed» en su ensayo *Castilla habla* (1986).

«El clima de la meseta es desordenado y versátil, y resignarse ante sus veleidades una temeridad. Castilla aspira no ya a conseguir agua, hay años en que sobra, sino a regularla, a poder disponer de ella a voluntad entre dos nubes o supliendo la ausencia prolongada de ella. Con esta finalidad fueron surgiendo embalses en las tierras altas, tomas en las corrientes fluviales. Hace pocos lustros, el Duero llegaba entero a Portugal» (Delibes, 1987:70).

Sus referencias a la vegetación resultan igualmente reseñables:

«Si prescindimos de los pinos del sur del Duero, robles y encinares en sierras, pedrizas y parameras, y álamos y chopos festoneando regatos y tierras húmedas, la árida Castilla de nuestros días a penas da árboles en cantidad» (...) «Los Carrascales». Estas manchas de un verde rígido y fúnebre, rompen a menudo la parda uniformidad de Castilla y hay que pensar que dada su aptitud para reptar, crecer y enmarañarse, si la vieja historia de la ardilla es cierta, los elementos de aquella selva castellana fueron esencialmente el roble y la encina» (Delibes, 1987).

El sólido conocimiento que Delibes demuestra del medio natural, que galvaniza su atención y aparece omnipresente y vívido en la mayor parte de su obra, le permite plasmar sus inquietudes en el trazado literario que ofrece de las condiciones de vida del mundo rural, cuya situación de declive reitera insistentemente, tanto en la demografía:

«Día a día, año a año, el cronista ha ido asistiendo a la decadencia de este bello pueblo, a la agonía y muerte de sus aldeas vecinas. En la actualidad Sedano apenas suma 200 habitantes, la tercera parte de hace 40 años y en virtud de una dinámica imparable, han ido desapareciendo del pueblo, la notaría, el registro, el juzgado, la fonda, el telégrafo. La población activa apenas llega a 20 jóvenes,

la mitad de ellos parados o empleados ocasionales... La demografía de hace un par de años nos da un saldo deplorable nueve defunciones contra un solo nacimiento, lo que significa que la población de Sedano como la de toda Castilla rural es una población envejecida que vive del retiro y asiste aparentemente impasible, pero mordida por el dolor y la nostalgia» (Obras completas. Tomo VI. *El periodista, el ensayista*: 23 y ss).

Como en el poblamiento:

«Turzo apartado, de calles angostas donde sus casas de piedra, en su mayor parte cerradas, aún se mantienen en pie. Es la viva representación de la vieja aldea castellana. No existe circulación rodada. Sus casas a pesar de sus pequeñas dimensiones, denotan nobleza, manifiesta en los arcos de dovelas que dan acceso a los fríos zaguanes, en sus corridas galerías de madera pintada, en los sólidos dinteles de nogal que rematan los vanos» (Ibídem: 59).

Lo que no le impide llamar la atención sobre los dones de la naturaleza que hacen posible alentar esperanzas sobre cultivos prometedores. Es el caso expresivo del viñedo:

«Pero las viñas de Castilla, según las veo yo, son pura golosina. Toro, Rueda, La Nava, Peñafiel... son vinos extraordinarios que pueden competir con cualquiera, precisamente por su cepa escatimosa de mosto concentrado. Sería una pena que estas viñas a lo mejor con 130 años encima desaparecieran. Yo entiendo que estas cepas son inmejorables y esto se lo discuto yo al ministro y al lucero del alba» (*Castilla habla*, 1986).

La esencia del paisaje como expresión fehaciente del espacio vivido emerge con fuerza, frescura y brillantez en la obra de un autor que ha de ser rescatado del olvido, entre otras razones, porque de su pluma salió «un singular libro de paisajes y de hombres, de privaciones y esperanzas (...) con un estilo clásico y sensorial, un decir enraizado en la lengua viva del pueblo y en la tradición literaria áurea» (Santos, 2001: 306). Es justo traer a colación el legado intelectual y literario de Blas Pajarero –pseudónimo de Pablo Rodríguez– y artífice de un libro memorial en la visión de los paisajes castellanos: *Retazos de Torozos*. Detallismo y personalidad inequívoca de quien justificaba su apodo simplemente debido a que: «Blas porque sí y Pajarero porque pico de allí y de allá» (2002: 48).

«Y por los pulsos se me entran más que por la vista, estos campos que ya andan naciéndose y reciennaciéndose. El tiempo mayea, abril trajo aguas... Es la nascencia –como de alguna vez tengo oído–. Y como si anidaran, nacen amapolas y cardos. Y como si te vinieran al pronto, sientes nacidos los tomillos, las flores de mamajuela y de tapaculos, las guindas de pastor... Y al silencio que llevas pegado al cuerpo le nacen cánticos de alondras, de engañapastores.

Del volar de las maricas. Parece como si una mañana nueva te arrancara de cuajo las orejas que entumido envejeciste en los largos días cortos, para oír de nuevo los ruidos que se te adormilaron» (Pajarero, B. 2002: 70).

En la obra, Blas Pajarero llama la atención un curioso poema sobre la imagen del páramo que le conduce a la Geografía:

«Y el viento me ciega con polvo del teso/ y me llena la vista de meseta. / Y me suena... me suena clamorosamente, / y me trae barrancos que descarnan las laderas, pendientes estériles. Y arrasados cerros dismantelados, / planicies venidas a páramos. Ayer montes... / y me nace un gran silabario de nombres/ sobre el alcor donde me he posado a pensar Geografía. (...) Y me hace cantarina la boca al irme mentando/ con enamoramiento, esta mi geografía chica, / camino recto para ir a la grande» (Ibídem: 91).

No es infrecuente la insistencia en tipificar el paisaje con la idea de desolación, de la que participan escritores de notoria relevancia. El reconocimiento de la inspiración suscitada por los valles leoneses, donde acometió algunas de sus más importantes iniciativas relacionadas con la construcción de embalses (como la presa de Vegamián en el río Porma) (Llamazares, 2015:34), llevó a Juan Benet a plasmar en una de sus novelas más celebradas –*Volverás a Región*– el territorio simbólico suscitado por su experiencia profesional y que sorprendentemente describe como:

«una llanura sin encanto, una meseta pobre y seca cortada al norte por el farallón calizo –donde anidan unas águilas pequeñas como vencejos– que solo puede coronarse con la cuerda; y por el este un desierto de ardiente yeso salpicado de rocas basálticas descompuestas y afiladas, que al parecer la Sierra ha ido soltando con desgana para distraerse en sus largas y solitarias jornadas a lo largo de siglos y huracanes» (Benet, J. 2004: 9).

Sensación que, de forma más matizada, también aflora en algunos pasajes de la *Guía Espiritual de Castilla*, de José Jiménez Lozano:

«el paisaje en que ahora se alza San Baudelio es realmente estepario y eremítico: un pelado y pardo alcor cuyas tonalidades van del ocre al amarillo, blancas manchas calizas y el verdor de los matojos enanos (...) ¿Y qué hace aquí una palmera, a orillas del Escalote, en este clima riguroso? Es pura teología, un símbolo paradisiaco: la sombra y la frescura tras el arduo caminar que es la vida» (Jiménez Lozano, J. 1984: 17).

En el seno de esta corriente no hay que hacer caso omiso de los mensajes literarios que emanan de la voluntad del autor de dejar constancia de los lugares

—reales y soñados— recobrados de los recuerdos infantiles. En ocasiones se evocan como una experiencia grata pero necesitada de superación personal, que es la que lleva a Josefina Aldecoa a desear nuevos escenarios en los que proyectar su vida:

«mi pueblo estaba vivo pero yo siempre había imaginado que lo dejaría, que mis estudios y mi carrera me servirían para ensanchar horizontes, me llevarían a lugares más amplios y mejores, no a esta tristeza del anochecer en un lugar perdido entre los montes» (Aldecoa, 1990: 33-34).

Frecuentes e impregnados de cierta nostalgia, Gustavo Martín Garzo los refleja en algunas de sus obras con tanta emotividad como detalle:

«Para llegar allí (a Castromonte) desde Villabrágima hay que subir una cuesta de unos cinco kilómetros. No es fácil, pero si estás un poco en forma se acaba haciendo sin excesivos problemas. Y el regreso es una fiesta, pues es la bicicleta la que te lleva. He bajado esa cuesta infinidad de veces. No necesitas pedalear y, cuando el monte se despeja y se puede ver la llanura, hay una vista muy hermosa. Allí está Villabrágima, con sus casas, sus cercados y las torres de sus iglesias. Más allá se ve la vega del Sequillo y la cinta verde del regadío, flotando en el centro de un espacio de rara transparencia donde el aire tiene la cualidad del agua. Parecé un pueblo donde no existe el dolor» (Martín Garzo, 2008: 212).

Asimismo, los textos de Avelino Hernández encajan de lleno con la corriente reivindicativa de esa Castilla que pervive en el recuerdo de sus mejores escritores, refractarios a la dilución de los rasgos —paisajísticos, culturales, humanos— que consideran inherentes a ella. Si el panorama ofrecido por este autor da muestra de gran sensibilidad cuando trata de su tierra soriana, «donde la vieja Castilla se acaba», los aspectos descritos a lo largo del viaje realizado en bicicleta —y en compañía de Miguel Manzano e Ignacio Sanz— por la comarca zamorana de Aliste reflejan, haciendo gala de una brillante cualidad poética, la capacidad para descubrir los pequeños detalles «del cuerpo adusto y el alma torturada de una de las tierras más sugerentes de la España aún no conocida»:

«Del río Aliste. Ribera abajo del río Aliste es el valle. Uno de los más agrestes y amenos y singulares valles del viejo país castellano. En primavera es dulce. Dulce mirar los serrijones donde despuntan ya las yemas de las hayas. Dulce rodar por el camino de tierra tras pesadas carretas de vacas lentísimas. Dulce la caricia del sol al cruzar los prados, saltar acequias, callar los grillos pasando, recoger acederas, descubrir el nido de una alondra junto al caz, cortar varas de mimbre sobre las aguas limpias corriente abajo...» (Hernández, *et alii*, 1985: 31).

Algunas de las obras más significativas de este autor nos acercan al significado adquirido por los libros de viajes como una de las opciones preferidas para

transmitir un relato sobre los paisajes visitados en el decurso de un trayecto que permite dar idea de una perspectiva espacial más amplia. Altamente representativa es la contribución realizada en este sentido por Ramón Carnicer, a quien Andrés Trapiello considera «no solo el escritor de cuantos he conocido que mejor hablaba el castellano y en castellano, sino uno de los que mejor lo ha escrito en nuestro tiempo» (Mainer, 2012). La publicación en 1964 de *Donde las Hurdes se llaman Cabrera*, tras un laborioso viaje a pie justificado por el deseo de descubrir la grave situación en que se encuentra una comarca desconocida, marca un hito clave dentro de esta corriente, alejado del «sentimentalismo populista» que practicaron en la misma época autores más afamados, a los que contrapuso una escritura más adaptada al viaje ilustrado, hijo como era del racionalismo dieciochesco (Mainer, 2012). Admirable y curioso lo que dice del Lago de la Baña:

«A mediodía llego al lago, una pequeña maravilla geográfica. Lo rodea un círculo de alturas, todavía nevadas, que ascienden a más de dos mil metros, hasta el Picón y Peña Trevinca, donde se unen las provincias de León, Orense y Zamora. El círculo lo cierra, al norte, una masa de peñascos desprendidos de las estribaciones del Picón (...) Esta masa, al cerrar la hondonada, originó el lago. Desde las cumbres, entre praderas naturales e hispídos salientes, desciende al lago una alegre vegetación de sauces, robles y abedules (...) Por el sureste afluye al lago un arroyo apenas visible, y otro algo mayor a su izquierda que se lanza monte abajo desde la nieve. Este último es la fuente misma del Cabrera, y puedo interrumpir su curso con solo hincar las manos en el cauce» (Carnicer, 1991: 168-169).

La intención de desentrañar a fondo los factores que explican la configuración del paisaje donde se inserta su lugar natal, y el afán igualmente declarado por denunciar los problemas que le afectan, dan sentido a los objetivos que persigue Jesús Torbado, en *Tierra mal bautizada*:

«El río (Cega) está muerto. Parece una sucesión de lagunas brillantes al amanecer, arropadas por chopos y álamos erguidos. Una línea de oscuro verdor lo acompaña. Hacia el este se pierde la vista sobre el humo de la tierra, el cauce sombrío del río, la tierra blanca. Llegan hasta las colinas ruidos de carros aplastando las piedras de los caminos, voces de los campesinos animando al ganado, ladridos (...) Pero esto no es la Tierra de Campos. Tampoco es páramo, estepa. Estos pueblos son fronterizos de ambas regiones, pueblos de vega, un poco bastardos. Los de Campos los llaman parameses. Los del Páramo los llaman Campos» (Torbado, 1990: 28-29).

Y ha de ser el agua también el elemento natural al que a menudo se recurre para dejar testimonio del valor que los cursos de agua desempeñan en la vida de un espacio y en las formas de aprovechamiento de quienes viven a sus expensas. Son habituales en la prosa de Gustavo Martín Garzo las alusiones a los flujos que

fecundan la Tierra de Campos vallisoletana, en este caso magnificados en el Canal de Castilla:

«Actualmente el canal, en la zona que linda con Medina de Rioseco es un hermoso jardín. Un paseo de tierra permite hoy avanzar por sus orillas. Y es algo que el viajero que llegue a estas tierras no puede dejar de hacer. Sobre todo al atardecer. Tierra de Campos no parece desde aquí la tierra árida que evoca su nombre, sino una pequeña Toscana. Un valle verde, recorrido por cursos de agua cuyas orillas se pueblan de árboles. Las aguas del Canal discurren mansas y apacibles y en su superficie se reflejan las nubes y el cielo (...) porque en ningún otro lugar del mundo he encontrado una blancura y un azul más puros. Una blancura y un azul venidos desde el origen del mundo» (Martín Garzo, 2008: 123).

En cambio, la visión apenada, aunque sin merma de brillantez expresiva, hace acto de presencia en las evocaciones que ligan a Julio Llamazares al río Curueño, el río del olvido, en una obra que supone «un intento de renovar un subgénero casi canónico» (Alonso Nogueira, 2014: 208):

«El Curueño, a estas alturas del verano, apenas lograría, por su cauce, la condición y el nombre de regato. El pedregal reseco por cuyo centro corre el río se extiende ante los ojos del viajero como un camino árido y desértico entre la fertilidad sensual de las praderas y los huertos ribereños. Nubes de mariposas reciben al viajero en sus orillas (...) A medida que el puente va alejándose a su espalda, el río empieza a sumergirse entre una espesa selva de carrizos y espadañas (...) Río abajo la maleza se espesa y el Curueño se deshace en multitud de brazos» (Llamazares, 1990: 15-16).

Refleja fielmente la calidad de los mensajes que Llamazares transmite cuando aborda la descripción de los marcos espaciales que delimitan sus novelas. Como sucede en una de las más impactantes:

«Atrás, dormidos en las simas de los valles poseídos por la luna, fueron quedando pueblos y aldeas, rediles y caseríos: luces apenas, desmayadas en la noche, sobre los cauces tajados de los ríos o al abrigo desolado y vertical de las montañas (...) En un instante, mis ojos se salpican de verdes y amarillos: prados mojados junto al río, hileras de negrillos, viejos tejados sobre los que se alzan mansamente las columnas de humo de las chimeneas de la Llánava. En un alud de imágenes –hatos de vacas y caminos perezosos, puentes, torres, corrales y callejas, figuras ya inclinadas sobre las hazas de los huertos,– la distancia me devuelve a través de los cristales los paisajes familiares que nunca había olvidado» (Llamazares, 2009: 67-68).

Como puede verse, las referencias al entorno ecológico ocupan una posición destacada en el tratamiento de los valores paisajísticos. Más aún, con frecuencia

el cuidado que los autores ponen en resaltarlos evidencia claramente hasta qué punto dan importancia a la necesidad de encuadrar las escenas en un entramado ambiental riguroso, que además enriquecen con el recurso a la terminología más enraizada en las denominaciones locales. En este aspecto, atención destacable merece el grupo de escritores leoneses que han logrado difundir —con notable calidad, a través de una obra cuantitativamente destacada, con clara coherencia interna en los planteamientos defendidos y manteniendo a la vez sus personalidades respectivas— la imagen del espacio geográfico identificado con la provincia de León, bien en su realidad o de manera ficcional. Un territorio que asumen como propio, «una provincia interior» catalizadora de una sensibilidad plasmada con fuerza y prolijidad a través de la Literatura —«una tierra fría pero hermosa (...) se la puedo cantar a quien me agrada, a quien conmigo está y en mí reposa», escribe Antonio Pereira (Merino, 2001: 83)—, salida de la voluntad de preservación de sus tradiciones culturales de toda índole, de la preocupación por los problemas que afectan al territorio y a su sociedad y de la pluma de una generación de escritores relevantes, que se sienten identificados con el mundo leonés, como emblema del espacio vivido...y defendido:

«Hablo de mi tierra, León, de un enclave en el noroeste peninsular español, fácilmente emparentable con las culturas norteenas europeas, en la vicisitud de las propias memorias populares que, como bien sabemos en lo que a los apólogos, mitos, cuentos, fábulas, leyendas se refiere encontraron la atención que hizo cristalizar sus riquísimos patrimonios en la revitalizadora y hasta reivindicativa sensibilidad del Romanticismo» (*Palabras en la nieve [Un filandón]*. Prólogo firmado por Sabino Ordás, pseudónimo de Juan Pedro Aparicio, Luis Mateo Díez y José María Merino, 2007: 13-14).

... y que en la perspectiva que nos ocupa cobra una dimensión valiosa en los libros de viajes, en los que el paisaje —expresado a través de las rutas literarias que los propios autores elaboran a partir de sus experiencias personales— desempeña un papel fundamental, cuya atención ya ha quedado subrayada anteriormente en las referencias a las obras de Ramón Carnicer y de Julio Llamazares.

Y así, dignas de destacarse son las escenas que Juan Pedro Aparicio escenifica a propósito del tramo ferroviario leonés de *El Transcantábrico*, donde describe con minuciosidad el trayecto seguido por el ferrocarril que enlaza La Robla con Bilbao. Como en los demás segmentos de la línea, llamativas e interesantes son las alusiones sobre lo que ese tren ha significado en la historia de la minería leonesa, en la configuración de sus paisajes y en los desafíos que la construcción del ferrocarril ha tenido que afrontar en un medio de montaña:

«De Barrillos a La Losilla el hullero trepa como una lombriz siguiendo el camino de un arroyo. Durante un buen trecho el paisaje es solitario y sombrío. Los chopos, desplegados a los vientos altos, se enseñorean de las vaguadas. El

piorno y los pastizales se reparten el monte (...) Pastizales y huertas abundan en los valles de Boñar, amplios y hermosos, de suelo sorprendentemente llano. La vega, de aspecto feraz, se halla salpicada de chopos, entreverada de sebes y caminos, de huertas y sembrados. Los montes se alzan sobre la línea del horizonte, azules en las faldas, verdes en las cimas» (Aparicio, 2007: 320 y 323).

También los ríos ocupan un lugar destacado en este panorama narrativo. «Tres ríos de mi vida que están en los territorios de mi infancia, de mi adolescencia y juventud: el río Luna, el río Omaña y el río Órbigo», escribe Luis Mateo Díez (Sorel, 2001: 19). La elección del Esla revela hasta qué punto se ha querido simbolizar en él la importancia hidrográfica de la provincia de León, ya que representa el afluente más vigoroso de la margen derecha del Duero. Cuando José María Merino y Juan Pedro Aparicio aúnan esfuerzos para dar a conocer esa realidad en *Los caminos del Esla*, dan cumplimiento al objetivo que el propio Merino señala cuando indica que esta obra le llevó a descubrir la particularidad de los libros de viajes como:

«las novelas de los lugares, donde tanto los espacios físicos, con sus mudanzas geográficas y climatológicas, como las bestias y los seres humanos, tienen la misma importancia dramática, donde va dictando la trama el propio decurso de la acción, y donde memoria e historia forman un complejo trasfondo que gravita sobre todo para crear una atmósfera secreta» (*Mercurio*: 2013).

En esta reflexión de Merino aparece bien compendiado el mensaje que se desea transmitir y la dimensión otorgada al enfoque literario en relación con el entorno motivador de sus inquietudes creativas. Claramente se refleja en otros de sus textos representativos como los cuentos recopilados en *Historias del otro lugar*, en cuyo primer grupo (*Cuentos del reino secreto*) deja constancia de la finalidad que le anima: «naturalizar lo fantástico en mi experiencia (...) llevarme lo fantástico a mi ciudad, a mis aldeas, a mis primeros paisajes, para colorear con ello aquel mundo que, subyugándome en ciertos aspectos, me resultaba al tiempo tan adusto y hermético» (pág. 20). Las vivencias descritas en *Las Médulas* (aquí identificadas como el Valle del silencio) son muy elocuentes:

«Solo en algunos puntos del oriente se pueden encontrar lugares semejantes. Allá en las tierras hiperbóreas, donde habitan los frisios y los marcomanos, y en los campos decumates, también los paisajes tienen alma: pero se trata de un alma pasiva, cuya tristeza no tiene otra fuerza que la de reflejarse en el contemplador (...) Estaba harto del polvo de las arrugas, del perenne barrizal, de contemplar aquel sudoroso ganado humano que cuidaba de las labores mineras con aparente docilidad, traicionada a menudo por miradas de reojo y un mascullar que proclamaba una actitud de insumisión y acecho» (Merino, 2010: 77 y 78).

Se trata de un ejemplo palmario de Geografía ficcional, en el que la realidad se supedita a la ficción, a la inventiva, aunque la esencia del territorio remita al efecto motivador que aporta la realidad geográfica como soporte de la imaginación. Los nombres cambian, la toponimia se modifica, incluso el sentido del tiempo varía, pero, bajo esta pantalla que deriva de la libertad creadora, subyace una afinidad marcada por el sentimiento de pertenencia a un paisaje vivido –*l'espace vécu*, en acertada expresión del geógrafo A. Frémont (1976)– que se considera propio, íntimo e incluso privativo. Posiblemente una de las manifestaciones más elocuentes de esta perspectiva la ofrece Luis Mateo Díez en el territorio de Celama, un espacio tan de ficción como inequívocamente inspirado en la tierra leonesa:

«En cualquier caso, el orden de lo que pudiera contar tiene un principio en la geografía porque Celama, a pesar de todo, sigue siendo un Territorio, quiero decir que lo que subsiste en ese reino desolado es la demarcación de una tierra situada en el centro de la mitad meridional de la Provincia, una franja perfectamente delimitada del resto de la Meseta por los Valles de los ríos Urgo y Sela (...) Dicen que sobre el relieve paleozoico se depositó durante el Mioceno, por toda Celama, un manto de arcillas arenosas con algunos cantos rodados de cuarzo...» (Mateo Díez, 2003: 15 y 16).

«Los habitantes de Celama estaban hechos a la incurias de la sequedad, que era lo que los siglos legaban en la Llanura desolada. De esa incuria provenía la pobreza y en el intento de paliarla había, como siempre sucede, una lucha por la vida que animaba el espíritu con la fortaleza de su decisión, aunque el espíritu tampoco tenía muy claramente definidos sus poderes, porque el espíritu se difumina cuando la voluntad no supera el riesgo de la desgracia y el trabajo» (Ibídem: 17).

Una inspiración que no es ajena a las zozobras y preocupaciones que a lo largo del tiempo han marcado la forma de entender y de aproximarse al conocimiento de la realidad socio-económica y espacial del conjunto territorial en el que se centra este trabajo. De ahí que descripciones como la que nos ocupa enlace plenamente con ese sentimiento proclive a la visión pesimista con que se aborda la relación del ser humano con su entorno y de la que emana esa propensión al estereotipo tan enraizada en el tiempo y en los mensajes literarios y cuyos efectos han sido en ocasiones cuestionables (Díaz Viana, 1988:209).

## CONCLUSIÓN

Es patente la atención prestada por cuantos desde la creación literaria se han acercado a él, contemplado, valorado y descrito con el fin de enmarcar el escenario en el que se desenvuelven y organizan las sociedades a través de las diferentes modalidades de relación que las vinculan con sus entornos, en este caso ejemplificados con el espacio de la actual Comunidad Autónoma de Castilla y León. Sus textos ofrecen un recorrido suficiente para entender la relación entre literatura y paisaje y las múltiples perspectivas –simbólicas y reales– desde las que es posible contemplar y entender esta relación. Una relación intensa, creativa, emocional, repleta de ideas, de sugerencias, sujetas a motivaciones múltiples que no hacen sino responder a la naturaleza del contexto en el que están escritas y a la mentalidad de quienes las suscitan. Un amplísimo y variado elenco de escritores así lo acredita a través de obras que en muchos casos han marcado hitos señeros en la Historia de la Literatura.

Lógicamente, en un periodo tan prolongado como el que aquí se sintetiza, las diferencias y matices son numerosos, obedientes, como es lógico, a la evolución de los estilos, a los cambios en las sensibilidades y a las influencias del momento histórico en que los pensamientos escritos han visto la luz. Con todo, entiendo que es posible percibir una continuidad entre ellas, una especie de engarce justificado por el valor de las invariantes que a lo largo del tiempo han simbolizado la esencia del paisaje castellano como realidad objetiva y a la par como imaginario subjetivizado, firmemente prendido en la mentalidad y en los propósitos explícitos del escritor.

De ahí que, más allá de las particularidades respectivas, que justifican la delimitación cronológica que estructura lo expuesto en dos etapas principales, resulta posible encontrar en este panorama de recreación paisajística una especie de hilo conductor caracterizado por la tendencia a la reiteración de un mensaje prevalente, que propende a la fijación de estereotipos– la llanura, la extremosidad del clima, la aridez, la pobreza de los suelos, la dureza de las condiciones de vida, la lucha por el agua, frente a la escasez y la adversidad impuesta por la naturaleza, la alteración de los ecosistemas, el individualismo, la capacidad de resistencia, la emigración, heroísmo...– y a la insistencia en torno a una serie de rasgos distintivos, que, contemplados de manera global, propenden hacia una cultura de la ambivalencia interpretativa. Esto es, la que se establece entre la visión mitificada, que se apoya en la historia, en la tradición y que incide asimismo en el modo de abordar la caracterización del medio físico, y un pensamiento proclive a la fatalidad y al pesimismo, lo que no obsta para que esta dualidad de perspectivas, que a menudo coexisten en un mismo autor, sea compatible con el reconocimiento de la admiración que, pese a todo, se profesa por los paisajes entendidos como espacios de pertenencia vital o de afinidad intelectual.

## BIBLIOGRAFÍA

- ALDECOA, J. 1990. *Historia de una maestra*. Barcelona: Anagrama.
- ALONSO NOGUEIRA, A. (2014): «Espacio, paisaje y subjetividad en Julio Llamazares», en P. Celma Valero (ed.), *Desde Castilla. Visiones, revisiones y disidencias de un mito en la narrativa del siglo XX*: 207-227. Madrid: Biblioteca Nueva.
- ÁLVAREZ MÉNDEZ, N. 2010. «Territorios, parajes y contornos literarios: aproximación teórica al espacio en la narrativa actual», en P. Celma y J. R. González (eds.): *Lugares de ficción. La construcción del espacio en la narrativa actual*, 17: 38. Valladolid: Cátedra Miguel Delibes.
- ANDERSON, K. & SMITH, S. 2001. «Emotional geographies». *Transactions of the Institute of British Geographers*, 27: 7-10.
- APARICIO, J. P. 2007. *El Transcantábrico*. Madrid: Rey Lear.
- APARICIO, J. P., MATEO DÍEZ, L. y MERINO, J. M. 2007. *Palabras en la nieve (Un filandón)*. Madrid: Rey Lear.
- AZAÑA, M. 2008. *Obras Completas*. Tomo IV. Edición de Santos Juliá. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales y Taurus.
- AZORÍN. 1964. *El paisaje de España visto por los españoles*. Madrid: Espasa Calpe. Colección Austral. 6.ª edición (primera edición, Madrid: Renacimiento, 1917).
- AZORÍN. 2003. *Castilla*. Madrid, Espasa Calpe. Colección Austral. 13.ª edición (primera edición, Madrid: Biblioteca Contemporánea, 1912).
- BALCELLS, J. M. 2010. «Espacios de la infancia», en P. Celma y J. R. González (eds.): *Lugares de ficción. La construcción del espacio en la narrativa actual* 55:78. Valladolid: Cátedra Miguel Delibes.
- BENET, J. 2004. *Volverás a Región*. Barcelona: Destino.
- BRIFFAUD, S. 2014. «Les grands récits du paysage occidental. Une traverse historique et critique (XIX<sup>e</sup>-XXI<sup>e</sup> siècles)», *L'Information Géographique*, 3: 42-79.
- BUCKLEY, R. 1982. *Raíces tradicionales de la novela española contemporánea*. Barcelona: Península.
- 2014. «Castilla en Delibes», en P. Celma Valero (ed.), *Desde Castilla. Visiones, revisiones y disidencias de un mito en la narrativa del siglo XX*: 13-24. Madrid: Biblioteca Nueva.
- CARNICER, R. 1991. *Donde las Hurdes se llaman Cabrera*. Valladolid: Ámbito Ediciones.
- CASTRO, R. 2011. «Cantares Galegos», en *Antología Poética (Edición bilingüe)*. Edición y traducción de Mercedes Castro. Madrid: Edaf.
- CELMA VALERO, P. 2014 (ed.): *Desde Castilla. Visiones, revisiones y disidencias de un mito en la narrativa del siglo XX*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- CELMA VALERO, P. y GONZÁLEZ, J. R. (2010) (eds.): *Lugares de ficción. La construcción del espacio en la narrativa actual*. Valladolid: Cátedra Miguel Delibes.
- COLINAS, A. 2012. *¿Conocéis el lugar?* <http://www.antonicolinas.com/flash/poema09.swf>.
- DAVIDSON, J.; BONDI, L. & SMITH, M. 2005. *Emotional Geographies*. Aldershot: Ashgate.
- DELIBES, M. 1970. *Viejas Historias de Castilla la Vieja*. Madrid: Lumen.
- 1979. *Castilla, lo castellano y los castellanos*. Barcelona: Planeta.
- 1987. *Castilla habla*. Barcelona: Destino.
- 1990. *La sombra del ciprés es alargada*. Barcelona: Destino.
- 2003. *El Camino*. Barcelona: Destino.
- 2002. *Aventuras, venturas y desventuras de un cazador a rabo*, Barcelona: Planeta de Agostini.
- DÍAZ, J. 1983. *Cuentos castellanos de tradición oral*. Valladolid: Ámbito Ediciones (Introducción de Maxime Chevalier).

- DÍAZ VIANA, L. 1988. «Lo castellano y sus estereotipos: anotaciones sobre la identidad». *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*. XLIII: 219-226.
- DUFAYS, J. 2002. «Estereotipo y teoría de la literatura: los fundamentos de un nuevo paradigma». *Revista Anthropos*, 196: 116-121.
- EGIDO, L. G. 1981. *Una metáfora esencial de Unamuno. Como el crecer de las encinas*. <http://dialnet.unirioja.es/servlet/oaiart?codigo=58484>.
- 2014. *Tierra violenta*. Barcelona: Tusquets.
- ESQUIVIAS, O. 2008. *La ciudad del Gran Rey*: Ediciones del Viento.
- FRÉMONT, A. (1976): *La région, espace vécu*. París: Presses Universitaires de France.
- GABRIEL Y GALÁN, J. M. 1909. *Obras Completas. Castellanas, Nuevas Castellanas, Extremeñas*. Madrid: Librería de Fernando Fé.
- GAMONEDA, A. 1979. *León de la mirada*. León: Espadaña.
- GARCÍA ABAD, A. 1988. «Gentes, costumbres, folklore, lenguaje y otros aspectos de Tierra de Campos». *Publicaciones de la Institución Tello Téllez de Meneses*, 59: 729-780.
- GARCÍA FERNÁNDEZ, J. 1985. *Castilla (Entre la percepción del espacio y la tradición erudita)*. Madrid: Espasa Calpe.
- GARCÍA MERCADAL, J. 1999. *Viajes de extranjeros por España y Portugal*, tomo VI, Valladolid: Junta de Castilla y León.
- GÓMEZ MENDOZA, J. 2007. «Construcción y deconstrucción del paisaje español». *Revista de Libros*. 132. 2.ª época.
- HERNÁNDEZ, A. 1982. *Donde la Vieja Castilla se acaba*, Madrid: Editorial de la Torre.
- HERNÁNDEZ, A., MANZANO, M. y SANZ, I. 1985. *Crónicas del Poniente castellano*. 1985, Valladolid: Ámbito Ediciones.
- LÉVY, B., GILLET, A. 2007. *Marche et paysage. Les chemins de la géopoétique*, Ginebra: Métropolis.
- LÓPEZ ARANGUREN, J. L. 2007. *Miguel de Unamuno. ANTOLOGÍA /Poesía, Narrativa, Ensayo*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- LOGIE, I. 2013. «Geografías ficcionales: el Uruguay de Copi», *Cuadernos Líricos*, 8.
- JIMÉNEZ LOZANO, J. 1984. *Guía espiritual de Castilla*. Valladolid: Ámbito Ediciones. Con fotografías de Miguel Martín.
- LLAMAZARES, J. 1990. *El río del olvido*. Barcelona: Seix Barral.
- 2009. *Luna de lobos*. Madrid: Anaya.
- 2015. «Vegamián. Un lugar en la ficción». *El País Semanal*, 2002: 32-39.
- MACHADO, A. 1999. *Poesías Completas*. Madrid: Espasa.
- MACÍAS PICAVEA, R. 1999. *La Tierra de Campos*. Valladolid: Ayuntamiento de Valladolid (primera edición, Madrid: Librería de Victoriano Suárez, 1897).
- MAINER, J. C. 2012. «Una forma de mirar». *Diario El País*, 13 de diciembre de 2012.
- MANERO MIGUEL, F. 1984. «Castilla y León». En Terán, M. y Solé, L. y Vilá, J.: *Geografía Regional de España*. Barcelona: Ariel, 167-244.
- 2003. *La entidad recuperada. Veinte años de Castilla y León*. Valladolid: Ámbito Ediciones.
- 2004. «Espacios de vida, territorios transformados», en *Museo Etnográfico de Castilla y León*: 80-83. Madrid: Junta de Castilla y León.
- MARTÍN GARZO, G. 2001. «El otro canal», en Sorel, A.: *Tierra de silencio*: 55-67. Barcelona: Muchnik Editores.
- MARTÍN GARZO, G. 2008. *Los viajes de la cigüeña*. Madrid: Imagine Ediciones.
- MARTÍNEZ DE PISÓN, E. 1998. *Imagen del paisaje*, Madrid: Caja Madrid.

- MARTÍNEZ DE PISÓN, E. 2005. «El paisaje como encuentro y expresión de identidad. Literatura, excursionismo y protección», en N. Ortega Cantero (Ed.). *Paisaje, memoria histórica e identidad nacional*: 45-113. Madrid: Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid.
- MATEO DIEZ, L. 2001. «Ritos del río», en Sorel, A.: *Tierra de silencio*: 17-29. Barcelona: Muchnik Editores.
- 2003. *El reino de Celama*. Barcelona: Areté.
- MERINO, J. M. 2001. «En Babia, otra vez», en Sorel, A.: *Tierra de silencio*: 69-84. Barcelona: Muchnik Editores.
- 2010. *Historias del otro lugar*. Madrid: Alfaguara.
- 2013. «Las novelas de los lugares». *Mercurio*. 152. Fundación José Manuel Lara <http://revistamercurio.es/temas/las-novelas-de-los-lugares/>
- MORENO HERNÁNDEZ, C. 1998. *Castilla. Lugar común del 98*. <https://pendientedemigracion.ucm.es/info/especulo/numero8/castilla.htm>
- NOCEDAL, C. 1859. *Obras publicadas e inéditas de Don Gaspar Melchor de Jovellanos*. Tomo Segundo. Madrid: Rivadeneyra.
- NOGUÉ, J. y SAN EUGENIO, J. 2011. «La dimensión comunicativa del paisaje. Una propuesta teórica y aplicada», en *Revista de Geografía Norte Grande*, 49: 25-43.
- ORTEGA CANTERO, N. 2007. «La valoración patrimonial y simbólica del paisaje de Castilla (1875-1936)». *Revista ERIA*, 73-74: 137-159.
- 2009: «Paisaje e identidad. La visión de Castilla como paisaje nacional (1876-1936)». *Boletín de la A.G.E.* 51: 25-49.
- ORTEGA Y GASSET, J. 2004: «De Madrid a Asturias o los dos paisajes», en *Obras Completas 1902-1915*. Vol. II. Madrid: Fundación José Ortega y Gasset.
- PAREDES MARTÍN, M. C.: «Elementos para una teoría del paisaje en Ortega y Gasset», en VV. AA. 1997: *El primado de la vida (Cultura, estética y política en Ortega y Gasset)*, Cuenca: Universidad de Castilla La Mancha, pp. 177-193.
- PONZ, A. 1987. *Castilla y León en el siglo XVIII. A través de los viajes de Antonio Ponz*. Valladolid: Ámbito Ediciones.
- RAMOS GOROZTIZA, K. L. 2012. «La economía en el *Viaje de España* de Antonio Ponz: contexto de ideas y contraste con la mirada extranjera». *Biblio 3W*. Revista bibliográfica de Geografía y Ciencias Sociales. Universidad de Barcelona Vol. XVII, n.º 981, 25 de junio de 2012.
- SALAVERRÍA, J. M. 1907. *Vieja España (Impresión de Castilla)*. Madrid: Sucesores de Hernando.
- SALVADOR GONZÁLEZ, T. 1996. *La sumisión de los árboles*. Madrid: Ave del Paraíso Ediciones.
- SÁNCHEZ ALBORNOZ, C. 1980. *Del ayer y del hoy de España*. Barcelona: Planeta.
- SANZ VILLANUEVA, S. 2001. *El último Delibes y otras notas de lectura. Postguerra, exilio y letras en Castilla y León*. Valladolid: Ambito Ediciones.
- SENADOR GÓMEZ, J. 1993. *Castilla en escombros. Las leyes, las tierras, el trigo y el hambre*, Valladolid: Ámbito Ediciones (primera edición, Valladolid, 1915: Casa Editorial y Librería de la Viuda de Montero).
- SOREL, A. 2001 (ed.). *Tierra de silencio. Doce relatos de Castilla y León*. Barcelona: Muchnik Editores.
- 2001. «Los espacios de la memoria», en Sorel, A.: *Tierra de silencio*: 9-15. Barcelona: Muchnik Editores.
- TELLECHEA IDÍGORAS, J. I. 1995. *Miguel de Unamuno y José María Salaverría. Epistolario (1902-1935)*. San Sebastián: Instituto Dr. Camino de Historia Donostiarra y Fundación Kutxa.
- TORBADO, J. 1990. *Tierra mal bautizada Un viaje por Tierra de Campos*. Valladolid: Ambito Ediciones.